

LOS SISTEMAS INTERNACIONALES - EL EQUILIBRIO AYER Y HOY

La política es la ciencia y el arte del gobierno de las comunidades humanas. Como disciplina humanista, que tiene por eje la actividad humana en sus múltiples facetas, participa también de las características del ser humano, moviéndose al mismo tiempo que él, entre variables y constantes, entre lo dinámico y lo estático. La política internacional como rama autónoma dentro de la ciencia política participa con ella de esas mismas características, desenvolviéndose entre los dos extremos contradictorios: entre la dinámica constante, producto del cambio y permanente búsqueda de nuevas y más ventajosas formas de convivencia internacional, y la estática, con el mantenimiento de las costumbres establecidas con la permanencia de los elementos clásicos que se han ido afirmando en el transcurso de los tiempos, y debido a los cuales, precisamente, la política internacional ha podido adquirir el carácter de rama autónoma dentro de la ciencia política. Desde luego que estas notas dominantes no se dan en un sentido rígido, matemático y absoluto, ya que lo que permaneció como constante durante siglos puede variar de pronto o, viceversa, mantenerse algún uso o modalidad que se impuso sin haber sido previsto. Una de estas manifestaciones de estabilidad son los denominados «Sistemas internacionales».

Según Mario Amadeo¹, los sistemas internacionales son «formas estables de obrar a que las unidades políticas ajustan sus relaciones recíprocas durante períodos comparativamente largos de tiempo». Las unidades políticas mencionadas son obviamente los estados, que son los elementos constitutivos de dichos sistemas. Lo que está en la raíz de los mismos y constituye su punto de partida es la vigencia generalizada de determinados hábitos de vida internacional y un cierto grado de afinidad entre sus miembros.

Los dos elementos imprescindibles para la existencia de un sistema internacional son: 1) La vigencia de algunos valores comunes entre sus miembros; y 2) La presencia de una relación de fuerzas entre ellos.

¹ *Política Internacional. Los principios y los hechos*, Ed. Instituto Argentino de Cultura Hispánica, Buenos Aires, p. 243.

Los valores comunes pueden ser numerosos y sólidos, o escasos y tenues. En base a ello Raymond Aron² clasifica los sistemas en homogéneos y heterogéneos. Los homogéneos son aquellos en los cuales los estados pertenecen al mismo tipo y obedecen a una misma concepción en la política. Se caracterizan por su gran estabilidad. Los principios que los unen pueden ser muy variados: una posición ideológica compartida, un pasado común, una problemática presente similar, el principio dinástico, etc. Los lazos que unen a los integrantes de este tipo de sistema son vigorosos y vigorosa es también la voluntad de preservarse mutuamente de los enemigos que están fuera del sistema y quieren destruirlo. En los sistemas heterogéneos, en cambio, los estados están organizados según principios diversos y valores dispares. Los lazos que los unen son más débiles y están circunscriptos a algún interés momentáneo y pasajero. Hay aspectos comunes que sustentan o principios que defienden, ya que de no haberlos no habría sistema, pero esa identidad o conjunción entre ellos es meramente circunstancial y en cualquier momento se rompe. Como ejemplo de un sistema heterogéneo podemos mencionar el que forman, entre otros países, los Estados Unidos y la URSS, que aun siendo enemigos irreconciliables, deben aceptar, si bien a regañadientes, algunos principios que rigen sus relaciones mutuas, y así han hablado en el pasado de coexistencia pacífica y hoy del desarme y de la limitación de armas nucleares. Dudamos por cierto de la sinceridad de las manifestaciones de estas potencias, pero no hay duda que conforman un sistema heterogéneo.

Parecería que en el aspecto internacional el mundo de hoy vive en un sistema heterogéneo. En las Naciones Unidas hay estados sustentadores de las más variadas políticas, habiendo en consecuencia una amplia gama de oposiciones posibles, y, sin embargo, en base a algunos principios comunes pueden reunirse en asamblea y dialogar, con toda acritud, pero dialogar al fin. Sin embargo, en lo regional prevalece la homogeneidad. Podría definirse entonces el espectro actual como: subsistemas homogéneos en un sistema heterogéneo.

El otro sistema imprescindible para la existencia de un sistema internacional es que haya una determinada relación de fuerzas entre sus miembros. El grado de desnivel en la relación de poder existente entre ellos determina el tipo de sistema. Una superpotencia se abocará a un sistema de equilibrio, configurando uno de los platillos o por lo menos uno de los grandes pesos en un platillo de la balanza. En cam-

² RAYMOND ARON: *Paz y Guerra entre las naciones*, Ed. Revista de Occidente, Madrid, página 133.

bio una nación pequeña casi seguramente querrá asegurarse integrándose a un sistema de alianzas o tratará de lograr con otras un sistema de seguridad colectiva (regional o mundial).

En la historia hay sinnúmero de ejemplos de sistemas de todo tipo. Sistemas de alianzas entre las ciudades griegas contra el imperialismo persa. Sistema de equilibrio de poder bipolar entre Atenas y Esparta, que degeneró en la guerra de Peloponeso. Sistema de equilibrio bipolar entre Roma y Cartago hasta después de la segunda guerra púnica. La alianza entre los contendientes de la guerra de los Treinta Años, a la que puso fin el Tratado de Westfalia en 1648, estableciendo expresamente y por primera vez el sistema de equilibrio de poder. La Santa Alianza, como ejemplo de alianza y equilibrio de poder.

Hay varios tipos de sistemas: el equilibrio de poder, el bipolarismo, el no alineamiento (que en principio no es un sistema, pero que puede coexistir con otros), sistema de seguridad colectiva, sistema de pluralidad de bloques. Nos referiremos en especial al sistema de equilibrio de poder, alianzas y bipolarismo.

Pero antes analizaremos un fenómeno que si bien no se relaciona directamente con el tema de sistemas internacionales, sí está vinculado con él indirectamente, puesto que subyace en la problemática de las relaciones internacionales: el imperialismo.

La política internacional, como toda política, es la lucha por el poder. Claro que, como dicen Mario Amadeo³ y Julien Freund⁴, no se trata de obtener poder por el poder en sí, para regodearse en él, como el avaro en su riqueza, sino que se trata de obtener poder siempre en función de algún fin. Es decir, que el poder es el medio para lograr la libertad, la seguridad, la prosperidad o cualquier fin lícito o ilícito de la política de un Estado. Este podrá definir sus metas en función de ideales religiosos, filosóficos, económicos, etc. Podrá esperar que esos ideales se materialicen en función de su propia fuerza o a través del natural desarrollo de los asuntos humanos, pero siempre necesitará del poder, y en la lucha por él deberá imponerse en mayor o menor medida.

Decimos que los Estados Unidos y la URSS son poderosos porque estos países disponen de inmensas fuerzas militares, técnicas, económicas. Pero aún hay otra cosa: su poder está asimismo, y sobre todo, formado por las intenciones y posibilidades que se les atribuye. De allí que ser poderoso es tener el poder de ser capaz de hacer una cosa.

³ MARIO AMADEO, *ob. cit.*, p. 147.

⁴ JULIEN FREUND: *La esencia de lo político*, Editora Nacional, p. 163, Madrid, 1988.

El poder pertenece al orden de lo virtual más que al orden de lo actual. El fenómeno del poder es muy singular. Juana de Arco era sólo una joven pastora, pero su aparición transformó completamente el ejército real, ya que con las mismas armas y los mismos hombres devolvió las fuerzas a un ejército casi inútil de combatir. En cualquier poder hay algo imperceptible, enigmático y misterioso. Se integra oscuramente en el destino de un pueblo sin que sea posible determinar verdaderamente cuáles son las condiciones de su súbita expansión y de su radiación, ni cuáles son las causas de su declive.

Cuando hablamos de poder nos referimos al dominio del hombre sobre las mentes y las acciones de otros hombres. «El poder político es una relación psicológica entre aquellos que lo ejercen y aquellos sobre los cuales es ejercido. El da a los primeros el dominio sobre ciertos actos de los segundos a través de la influencia que los primeros ejercen sobre la mente de los segundos. La influencia proviene de tres fuentes: 1) La espera de beneficios; 2) El temor a circunstancias adversas, y 3) El respeto o aprecio por hombres o instituciones. Puede ser ejercido a través de órdenes, amenazas, persuasión, la autoridad o carisma de un hombre o una combinación entre ellas»⁵.

«Una acción política busca ya sea: 1) Conservar el poder; 2) Incrementar el poder, y 3) Demostrar poder. A estos tres modelos corresponden tres políticas diferentes. Una nación cuya política exterior tiende a conservar el poder persigue una política de *statu quo*. Una nación cuya política exterior se dirige a la adquisición de un mayor poder del que actualmente posee, a través de un cambio en la relación de poder existente, persigue una política de imperialismo. Una nación cuya política exterior busca demostrar el poder que posee, sea con el propósito de mantenerlo o incrementarlo, persigue una política de prestigio»⁶.

Una de las formas de interacción e interinfluencia de pueblos, culturas y civilizaciones es el ansia de dominio de unos sobre otros, de poder sobre los demás. Y esta ansia de poder, característica del ser humano, está ínsita en toda esta problemática y ha determinado la mayoría de los actos de conquista. Pensemos en la ambición sin límites del joven y talentoso Alejandro Magno.

Todos los actos de conquista se logran siempre o casi siempre mediante la fuerza. Ya de por sí la constitución del Estado implica una fuerza que se ha cristalizado en forma de organización por la cual

⁵ MORGENTHAU, H. J.: *La lucha por el poder y por la paz*, Buenos Aires, 1963, p. 48.

⁶ *Idem*, p. 59.

unos pocos dirigentes rigen el destino de todo el grupo humano en cuestión. La expansión de ciertos pueblos no es más que la continuación del desenvolvimiento de la fuerza que hizo posible el Estado en sus orígenes; pero sea cual fuere el origen de un Estado, éste sólo demostrará su posibilidad vital cuando la turbulencia formativa de los comienzos se transforme en fuerza, tanto hacia adentro como hacia afuera. Esa fuerza y voluntad de poder debe existir tanto en la masa dirigente como en la masa dirigida. Esa voluntad debe latir en todo el organismo del Estado, en todos sus estamentos. Asimismo este proceso se da en todo Estado, sea poderoso o débil, ya que la expansión puede darse en todos los aspectos: militar, comercial, artístico, etc. Con cualquier tipo de expansión que asuma un pueblo puede realizarse plenamente. Eso sí, debe tener potenciales suficientes para dicho tipo de expansión.

La fuerza intrínseca y la voluntad de poder y expansión es tan grande que en general se puede decir que los imperios fueron contruidos sin que se tuviera en sus orígenes la cabal intención de formar un gran Estado. Roma fue ampliándose por un conflicto tras otro y así llegó a dominar el Mediterráneo, y sólo entonces se dio cuenta de que era un imperio. Un geopolítico inglés del siglo pasado, sir John Suley, decía que los británicos aparentemente habían conquistado y poblado la mitad del mundo en un momento de despreocupación. Lo que sucede es que la exteriorización de la fuerza impulsora aún no se ha racionalizado y la entidad que se expande, por su fuerza vital que la impulsa, no se percata de la consecuencia de sus actos. En síntesis, lo que impulsa la evolución de los pueblos es una fuerza vital que no puede ser definida ni descrita y que está determinada por múltiples factores. Esa fuerza necesita expandirse fuera de sus fronteras para aumentar su poder.

Ahora bien, el imperialismo, como política para incrementar el poder, es inmanente a todas las primacías desde el comienzo de la historia. No es más que la consecuencia última que un grupo o nación pretende tener sobre otro.

El término en sí es relativamente reciente. Se comenzó a utilizar aproximadamente a fines del siglo xix. En su acepción actual es un vocablo del siglo xx, si bien el fenómeno es tan antiguo como el hombre y los pueblos. Se han intentado innumerables definiciones para tratar de caracterizarlo. Hay que tratar de desbrozar siempre de ellas los elementos políticos partidistas, tangenciales y circunstanciales, ya que

si bien la exteriorización de la voluntad de poder será distinta en cada época histórica, el motor, la voluntad de poder, será siempre el mismo ⁷.

Hay un elemento de suma importancia en todo imperialismo, que es: un mínimo de potencialidad. Siempre el término imperialismo va ligado al término potencia, sin la cual aquél no puede realizarse, por más voluntad de poder que tuviese el pueblo expansor. El ejemplo más claro de lo que decimos lo constituye Suecia en el siglo XVIII. La derrota de Carlos XII en Poltava y la paz de Nystadt en 1712 privan a este reino del rango de gran potencia. Medio siglo más tarde un monarca enérgico y capaz, Gustavo III, quiso devolver a Suecia su papel anterior. No le fue posible cumplir con esta aspiración porque en el ínterin se había cambiado la constelación internacional y Suecia ya no podía oponerse más al potencial ruso, por más voluntad de poder que tuviese ⁸.

El concepto de potencia hay que tomarlo en un sentido relativo, referido al tiempo y al espacio. Un país árabe, por ejemplo, puede ejercer un imperialismo sobre sus vecinos sin afectar las relaciones de la política mundial. Lo mismo sucedió en la Yugoslavia anterior a la Segunda Guerra Mundial, donde los serbios ejercían un imperialismo sobre los eslovenos, croatas y macedonios y consideraban a Yugoslavia como la Gran Servia, y, sin embargo, la política mundial no se vio afectada por ello. (Esta situación persiste hoy bajo el régimen comunista.)

Los elementos indispensables para que pueda haber imperialismo son, pues, que haya un pueblo impulsado por una voluntad de poder y que ese pueblo tenga un mínimo de fuerza a su disposición para que pueda intentar realizar sus anhelos expansionistas.

Además debemos hacer una aclaración fundamental. El imperialismo es un impulso, un afán de ejercer un dominio o influencia y en consecuencia sólo se puede materializar sobre una zona aún no incorporada a la propia órbita. Decimos que un Estado realiza una política imperialista cuando realiza actos tendentes a la expansión y dominio de otros territorios. Cuando esos territorios ya están bajo su poder, simplemente mantienen el imperio formado, pero ya no es una política imperialista la que llevan a cabo, sino de mantenimiento del *statu quo*.

Otro elemento importante lo constituyen los obstáculos y adversidades que el pueblo en expansión encuentra en su camino. Si son muy grandes las resistencias puede haber dos variantes: Si la voluntad de

⁷ GUYER, ROBERTO E.: *Imperialismo. Introducción a su problemática*, Buenos Aires, Ed. Troquel, 1956, p. 32.

⁸ GUYER, ROBERTO E., *ob. cit.*, p. 40.

poder y la potencia son grandes se continuará con mayor ímpetu en la iniciativa. Por el contrario, si alguno de los dos elementos falla se desiste y se busca otro objetivo de la política expansiva. Aun si el pueblo expensor logra su cometido y avasalla al vencido, si este pueblo sometido tiene una gran voluntad de subsistir y resistir el poder del vencedor, la dominación será de duración limitada, porque el Estado expansionista no podrá mantener *ad infinitum* el orden impuesto y se verá en la necesidad de librar a los conquistados o de exterminarlos. Lo primero aconteció en Inglaterra con los irlandeses. Lo segundo con ciertas tribus de indios americanos que fueron eliminados ante su radical rechazo de los conquistadores blancos⁹.

Según Guyer¹⁰, hay varios motivos que pueden dar pie a una política imperialista:

1) El más elemental es la propia seguridad amenazada. Quien conquista Bélgica constituirá un peligro para Gran Bretaña. En igual sentido, quien conquista Corea constituirá un peligro para el Japón. Un estado así amenazado puede comenzar por motivos defensivos una política ofensiva, que terminará siendo expansionista en caso de éxito.

2) Otro motivo es el económico, y el Estado imperialista tratará de ampliar su campo económico, de apoderarse de mayores regiones ricas en materias primas o tratará de buscar la salida al mar para facilitar la salida de sus productos, etc.

3) Motivos demográficos: Japón, por ejemplo, en sus cuatro islas y sus cien millones de habitantes tendrá que expandirse o sucumbir; ni qué hablar de la China continental.

4) Motivos militares; pueden ser ofensivos o defensivos, según las necesidades y conveniencias del momento.

Estos motivos, someramente expuestos, son esencialmente dinámicos y por ende cambiables. Pero existen al lado de ellos una serie de motivos estáticos que varían difícilmente, como la razón y el contorno geográfico. Estos últimos también pueden generar un sentimiento expansionista. Fue lo que aconteció con los vikingos respecto de su extenso y accidentado litoral o la condición insular de Inglaterra.

Junto con la motivación todo Estado imperialista trata de justificar esa política con las razones más variadas. España se lanzó a la conquista de América bajo enunciados evangelizadores. La Unión Soviética esgrime como argumento la liberación de los pueblos de las ga-

⁹ GUYER, ROBERTO E., *ob. cit.*, p. 49.

¹⁰ GUYER, ROBERTO E., *ob. cit.*, p. 52.

rras del capitalismo. Hitler lo fundaba en la superioridad de la raza germana destinada a regir el mundo. Por supuesto que siempre los motivos serán elevados y los más nobles que sea posible. Bernard Shaw ha acertado al ironizar los justificativos: «El inglés, como gran campeón de la libertad y la independencia, conquista la mitad del mundo y califica su acto como colonización. Cuando necesita un nuevo mercado para sus adulterados productos de Manchester, envía un misionero a enseñar el Evangelio de la paz. Los nativos matan al misionero; él corre a las armas en defensa de la Cristiandad; lucha por ella, conquista en su nombre y toma el mercado como recompensa del cielo...»

Según Morgenthau¹¹, el imperialismo tiene tres alicientes:

1) Las guerras victoriosas: La nación victoriosa persigue una política que busca un cambio a su favor permanente en las relaciones de poder con el vencido. (Ejemplo: «Paz cartaginesa», Tratado de Versalles, etc.)

2) Las guerras perdidas: El estado de subordinación puede engendrar en el derrotado un deseo de lanzarse contra el victorioso, destruir el *status* creado por él y cambiar lugares en la jerarquía del poder. Si no está aniquilado o si no se adhiere a la causa del vencedor, el derrotado deseará recobrar lo que ha perdido y en caso de ser posible obtener más (ejemplo: Alemania después de la Primera Guerra Mundial).

3) La debilidad: La existencia de estados débiles o con espacios vacíos políticamente es una atracción para los estados poderosos.

El imperialismo puede tener como metas ya sea el imperio mundial (Alejandro Magno, Roma, Napoleón, Hitler, Unión Soviética de acuerdo a los postulados comunistas del dominio mundial), ya sea el imperio continental (Mussolini tratando de hacer del Mediterráneo un lago italiano) o simplemente predominio local, que es el imperialismo más limitado, producto de las circunstancias que lo indican como conveniente (por ejemplo, para no enervar otras potencias con similares aspiraciones).

El imperialismo puede ser militar, económico o cultural, pero ello siempre como medio para lograr un mismo fin imperialista, es decir, la destrucción de un *statu quo* a través de ellos, ya sea separados o en combinación.

¹¹ MORGENTHAU, H. J., *ob. cit.*, p. 78.

Los pueblos en sus ansias de expansión chocan entre sí, sus pretensiones crean roces y constantes conflictos que deben en principio ser dirimidos o solucionados pacíficamente. Pero si bien en política y en política internacional también deben respetarse las normas morales y las conductas políticas deben adecuarse a ellas, siempre será necesario compeler al contrario o contrarios, ya sea a cumplir algo o a desistir de algo. Y aquí comienza el juego difícil y delicado de mantener la estabilidad en las relaciones entre los países, de mantener el equilibrio de poder entre ellos.

El equilibrio es como medio de acción internacional, una política de reacción contra el imperialismo o la hegemonía. Su objetivo es mantener un *statu quo* internacional amenazado por la ambición de un Estado poderoso.

La política del equilibrio fue utilizada ya por las ciudades-estados en la Grecia antigua. Pero según Schwarzenberger¹², el patrón del sistema del equilibrio del poder encontró su más real aplicación en Europa en el microcosmos del sistema italiano de relaciones internacionales del siglo xv. Los estados-ciudades italianos estaban muy cerca unos de otros, mucho más que los estados de la época (Inglaterra, Sacro Imperio Romano, Francia, España). Por la cercanía las fricciones tenían un efecto más inmediato y los «insultos» se sentían con mayor agudeza. La combinación de factores sociales, económicos, geográficos y psicológicos produjo el equilibrio en el sistema italiano del equilibrio del poder. Este sistema italiano se transmitió luego a toda Europa al finalizar el siglo xv. Fue objeto de reconocimiento expreso por los tratados de Münster y Osnabrück que fijaron la paz de Westfalia en 1648. Los tratados de paz de Utrecht en 1713 y de Viena en 1815 fueron a su vez resultado de dicha política. Ella alcanzó gran auge durante el siglo xix, sobre todo en el continente europeo. Motivó la organización por las grandes potencias de entidades diplomáticas, como el Directorio y el Concierto Europeo, y constituyó la directiva europea básica de la política internacional de Gran Bretaña durante los siglos xix y xx, frente a Francia, Rusia y Alemania. Tuvo especial aplicación en determinadas circunstancias internacionales que pusieron a prueba la paz del continente. En cada una de ellas actuaron las grandes potencias en forma de hallar el equilibrio internacional.

El concepto de equilibrio como sinónimo de balance denota una estabilidad dentro de un sistema compuesto por varias fuerzas autó-

¹² SCHWARZENBERGER, GEORG: *La política del poder*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, Buenos Aires, p. 154.

nomas. Cada vez que el equilibrio es alterado con una fuerza externa o por el cambio de uno de los elementos componentes del sistema, éste muestra la tendencia a restablecer el equilibrio original o uno nuevo. Este concepto, extraído de la Física, se utiliza también en las ciencias sociales. En la base de él existen dos supuestos: 1) Que los elementos que serán balanceados son necesarios para la sociedad o tienen una razón para existir, y 2) Que sin un estado de equilibrio entre estos elementos, uno de ellos logrará la supremacía sobre los otros, invadirá sus derechos e intereses y puede a la larga destruirlos¹³.

El propósito de estos equilibrios es, por consiguiente, mantener la estabilidad del sistema sin destruir la multiplicidad de los elementos que la componen. Si el objeto del equilibrio fuera sólo la estabilidad podría prevalecer uno solo de los elementos e imponer su equilibrio. Pero como se trata de preservar todos los elementos del sistema, debe tenderse a impedir que cualquiera de los elementos gane ascendencia sobre los demás.

Dos factores están en la base de la sociedad internacional: la multiplicidad y el antagonismo de sus elementos: las naciones. La aspiración de las naciones por el poder puede desembocar en un conflicto, y así ha ocurrido la mayoría de las veces en la historia. Según Morgenthau¹⁴, puede darse en dos formas diferentes:

1) El modelo de la oposición directa: A se lanza en política imperialista contra B, la cual puede responder con una política de *statu quo* o una política imperialista. Puede darse también otro caso dentro de este modelo: A se lanza en política imperialista hacia una nación débil, C, que puede ceder a resistir, mientras B sigue una política de *statu quo* o imperialismo respecto de C. En este caso el dominio de C es una meta de la política de A. B, por su parte, se opone a la política de A porque quiere conservar el *statu quo* o porque busca el dominio de C. La lucha entre A y B no es directa, sino competitiva. Los dos luchan entre sí por C. (Ejemplo: Gran Bretaña y Unión Soviética por Irán.) El balanceamiento de fuerzas continuará hasta que las naciones comprometidas cambien los objetivos de sus políticas imperialistas, por abandono o porque una de ellas gane, ya sea sacando ventajas o guerreando. El equilibrio en estas condiciones llena dos funciones: 1) Crea una estabilidad precaria en las relaciones de los países comprometidos, que debe ser mantenida constantemente

¹³ MORGENTHAU, H. J., *ob cit.*, p. 229.

¹⁴ MORGENTHAU, H. J.: *ob. cit.*, p. 234.

dada su inestabilidad, y 2) Asegura la libertad de una nación del dominio de las demás.

2) Modelo de la competencia: El poder de A para dominar C está balanceado por el poder de B y viceversa. El equilibrio aquí crea una estabilidad precaria entre A y B consistente en salvar la independencia de C, que es una función entre las relaciones de A y B. Si A se impone, la independencia de C estará comprometida. Si se impone B, que persigue el *statu quo*, la independencia de C estará segura en la medida de la ventaja. Finalmente, si A (imperialista) cambia su objetivo C por D, C estará segura. (Estos cuadros de posibilidades pertenecen a Morgenthau.)

En la historia, las pequeñas naciones han debido siempre su independencia al equilibrio del poder (caso de Bélgica) o a la preponderancia de una nación protectora (naciones del Centro y Sudamérica y Portugal), o a su falta de atracción a políticas imperialistas (Suiza y España). Es una habilidad de los Estados pequeños el mantener su neutralidad en estas condiciones. Además, a los mismos factores se debe la existencia de «estados tapón» o «estados colchón», naciones débiles y pequeñas colocadas cerca o entre naciones poderosas a cuya seguridad militar sirven. Otra vez mencionamos el caso clásico de Bélgica, y en la actualidad, para la Unión Soviética el «cinturón de seguridad rusa» desde Finlandia hasta Bulgaria.

Para conseguir el equilibrio propone Morgenthau¹⁵ varios métodos:

1) Divide et impera (máxima de Maquiavelo). Se la ha puesto en práctica siempre que se ha querido mantener débiles a los competidores mediante la división. La política francesa, por ejemplo, desde el siglo xvii fue mantener la división del imperio alemán en pequeños Estados independientes o impedir la coalición de éstos. Aun hoy se teme la existencia de un Estado alemán fuerte. Otro ejemplo lo constituye el temor de la Unión Soviética de que se realice en el futuro la unidad europea a través de una Europa Unida o Estados Unidos de Europa.

2) Las compensaciones territoriales: Fueron un artificio muy usado en los siglos xviii y xix. El Tratado de Utrecht en 1713, que marcó el fin de la guerra de sucesión española, reconoció por primera vez expresamente el principio del equilibrio del poder por medio de compensaciones territoriales. Allí la mayor parte de las posesiones conti-

¹⁵ MORGENTHAU, H. J., *ob. cit.*, p. 242.

mentales y coloniales de España fueron repartidas entre los Habsburgos y los Borbones *ad conservandum in Europa equilibrium*. El mismo objeto tuvieron los sucesivos repartos de Polonia. A fines del siglo XIX se volvió a usar este método, siendo objeto de reparto el continente africano entre Francia, Gran Bretaña e Italia. Para repartir se tiene en cuenta la fertilidad del suelo, cantidad y calidad de habitantes, riquezas minerales y situación estratégica.

3) Los armamentos: Es el método clásico de un equilibrio de poder dinámico e inestable. Los armamentos brindan un mínimo de seguridad al Estado soberano. Sin embargo, su valor de protección no puede determinarse *in abstracto*. La fuerza de los enemigos posibles es la regla de medida. Este elemento de relatividad es el factor condicionante de las políticas de armamentos, ya sea su fin reconocido o alegado la limitación de armamentos, el desarme o el rearme. Para fines de defensa sería suficiente si en comparación con sus enemigos potenciales un Estado realizara un *status* de igualdad de armamentos. La falta de información sobre el estado real y número de armamentos de los demás y la precaución natural tienden a aconsejar a favor de un margen de seguridad. Una política de armamentos puede lograr una superioridad real, y el enemigo potencial luchará, al menos, por el mantenimiento de esa igualdad.

4) Las alianzas: Una alternativa a las políticas unilaterales e irracionales de armamento es tan vieja como la política del poder. Si se conoce al enemigo, se conoce al amigo, es decir, al posible enemigo del enemigo. O en otros términos: Los enemigos de mis enemigos son mis amigos. Esta regla se dio infinidad de veces en que se formaron alianzas inimaginables. En la época de las guerras religiosas del siglo XVI, Francisco I, «Su Majestad Cristianísima», se alió con los musulmanes, enemigo común de la cristiandad, contra el Imperio de los Habsburgos. En épocas más actuales, Hitler siempre habló pestes de la Unión Soviética; sin embargo, hizo con ella una especie de alianza (el pacto de no agresión Ribbentrop-Molotov), a resultas del cual inclusive realizaron la quinta división de Polonia. Desde el punto de vista de un Estado en particular, las alianzas ofrecen un medio de reparar una inferioridad real o imaginaria, o de establecer una situación de superioridad de poder. Ya sea que se establezcan con fines agresivos o defensivos, las alianzas funcionan con vistas a la guerra. Desde el punto de vista de la sociedad internacional las alianzas tienden a acrecentar el campo de fricción, y en caso de conflicto, el área de la guerra. Además, como toda alianza provoca su contraalianza, la afir-

mación de que la preponderancia de los aliados realiza una función estabilizadora es un consuelo muy relativo.

Esta política es más de conveniencia que de principios. Se evitarán las alianzas cuando se considera una nación lo bastante fuerte como para sostenerse sin recurrir a ayuda. Gran Bretaña, en la historia, muy pocas veces se alió en tiempos de paz. A veces la alianza existe en los hechos y no está formulada en un texto, pues hay una comunidad de intereses ya existentes. Pero el texto escrito proporciona precisión en las limitaciones y obligaciones de las partes. Seguramente esto se hace necesario cuando lo incipiente de los intereses comunes motiva este tipo de tratados para que los convierta en explícitos y operativos en la política y acción de los interesados.

La alianza puede darse entre varias naciones ansiosas de conservar su independencia para hacer frente a los designios de otra que pretenda lograr el dominio del mundo. Ya Polibio escribía de este tipo de alianzas y ejemplificaba con Cartago y sus aliados.

Pero en realidad la configuración que más frecuentemente se nos presenta es la de alianzas vs. contraalianzas. Por ejemplo: Las coaliciones que batallaron en la Guerra de los Treinta Años. Desde el fin del siglo xv hasta la terminación de las guerras napoleónicas en 1815 las naciones europeas fueron el elemento activo del equilibrio del poder. Las alianzas y contraalianzas se formaron siempre para mantener el equilibrio o para restaurarlo. El siglo que abarca desde 1815 hasta 1914 contempló la expansión gradual del sistema de balance de los poderes europeos para convertirse en un sistema mundial. Este desenvolvimiento hacia un sistema de equilibrio mundial del poder por medio de alianzas y contraalianzas se consumó en la primera guerra mundial, en la que prácticamente participaron activamente todas las naciones de la tierra. La primera guerra tuvo sus orígenes en el temor de una alteración del equilibrio del poder europeo, que se vio amenazado en dos regiones: Bélgica y los Balcanes. El período entre la primera y la segunda guerra permanece bajo el signo del equilibrio del poder por medio de alianzas y contraalianzas (ejemplo: Francia y las Ententes; el Eje, etc.). Las alianzas en un sistema de equilibrio del poder con frecuencia son inciertas en su funcionamiento real, ya que dependen de las consideraciones políticas de cada nación en particular (ejemplo: Italia durante la primera guerra mundial).

Un factor importante en el sistema de equilibrio es el «mantenedor» del mismo. Este no está identificado con ninguno de los dos pla-

tillos de la balanza y no hace caso de las políticas que debía servir. Una vez pondrá su peso en un platillo, otra vez en el otro. No tiene en principio en esa función de amigos ni enemigos. El mantenedor del equilibrio ocupa la posición clave en el sistema del equilibrio del poder dado que su actitud determina el resultado de la competencia por el poder. Es el «árbitro» del sistema. Gran Bretaña fue el más típico y «sobresaliente» mantenedor de la historia europea¹⁶.

La valoración del sistema de equilibrio ha sido muy diversa. Puede decirse que la mayoría de los autores lo ha censurado basándose en los más diversos argumentos. Una de las críticas más salientes es que se trata de un ordenamiento que no se funda en el derecho y la justicia, sino en la tenencia de la fuerza. No cabe negar, sigue Mario Amadeo¹⁷, a quien citamos aquí, que un sistema internacional en el cual los Estados actuaron exclusivamente según los dictados de la ley, y en el cual, por otra parte, esa ley tuviera eficacia compulsoria, sería el más perfecto. Pero en el pasado ese sistema no existió nunca, y hoy, a través de las organizaciones internacionales, se encuentra apenas en esbozo. Si se parte del supuesto de la imperfección de las instituciones internacionales, hay que admitir que el sistema del equilibrio del poder representó un serio intento para «humanizar» la política internacional, para moderar en lo posible las consecuencias de los conflictos y para proveer a los países más débiles de alguna forma de protección contra los avances de los poderosos. Proveyó además de reglas y mecanismos que hicieron menos duras las condiciones de la vida internacional e impidió que un solo Estado se hiciera dueño del mundo.

Según Morgenthau¹⁸, a través de la historia, durante más de cuatrocientos años, la política de equilibrio tuvo éxito en evitar que ningún Estado obtuviera predominio universal. Sin embargo, las guerras, así y todo, fueron continuas y hubo eliminación de pequeños Estados en gran escala, especialmente los repartos de Polonia. Y estos actos fueron llevados a cabo para mantener el equilibrio del poder, que por definición tiende a proteger la independencia de los Estados individuales. El equilibrio del poder no sólo fracasó en mantener la independencia de Polonia, cuya destrucción se llevó a cabo en nombre del equilibrio, sino que en su nombre se realizaron una serie de participaciones, anexiones y destrucciones de Estados independientes, que desde 1815 hasta el presente han sido realizados todos por aplicación

¹⁶ MARIO AMADEO: *Política internacional. Los principios y los medios*, p. 255.

¹⁷ MORGENTHAU, H. J., *ob. cit.*, p. 258.

¹⁸ MORGENTHAU, H. J., *ob. cit.*, p. 277.

del mismo principio. El principio del equilibrio del poder adolece de tres debilidades que son la causa de sus fracasos: incertidumbre, irrealidad e insuficiencia.

Incertidumbre: Es imposible o muy difícil establecer el equilibrio porque es difícil apreciar los «pesos» de las balanzas. ¿Cuándo un «peso» es importante o suficiente? ¿Cuándo tiene un gobierno y una diplomacia hábil? ¿Cuándo tiene una fuerza militar apreciable y buenos estrategas? ¿Cuándo la moral de la población es elevada? ¿Cuándo hay mucho territorio, o mucha población, o mucha materia prima? ¿O cuándo tiene buenos e importantes aliados? ¿O armas secretas? ¿Se puede estar seguro de que tal país responderá con tal acción y con tal intensidad? ¿Y se puede confiar totalmente en los aliados?

Irrealidad: Dado que el deseo de alcanzar el máximo de poder es universal, todas las naciones deben siempre mostrarse escépticas respecto a sus propios cálculos y respecto al incremento del poder de las demás naciones que pueden contribuir a una inferioridad para ellas mismas, cosa que deben tratar de evitar a toda costa. De allí que todas las naciones que han obtenido un margen aparente sobre sus competidores tratan de consolidar esa ventaja y de usarla para cambiar permanentemente a su favor la distribución del poder. La incertidumbre de todos los cálculos del poderío no sólo hace al equilibrio del poder incapaz de aplicación práctica, sino que además conduce a su verdadera negación práctica. Ante la incertidumbre todos los cálculos son irreales y en cierta medida erróneos. No puede saberse cuántas guerras se han evitado con el sistema del equilibrio. Pero sí se puede decir que la mayor parte de las guerras que se han disputado desde los comienzos del sistema estatal moderno tienen su origen en el equilibrio del poder. Hay tres tipos de guerra que están íntimamente conectadas con el funcionamiento del equilibrio del poder: 1) La guerra preventiva, en la que generalmente se persiguen metas imperialistas; 2) La guerra imperialista, y 3) La guerra anti-imperialista. Siempre se ha justificado las acciones políticas o guerreras en el principio del equilibrio. Todos se basan en él.

Insuficiencia: El equilibrio del poder contribuyó a la estabilidad del sistema estatal moderno y a la conservación de la independencia de sus miembros durante el período de su florecimiento en los siglos xvii, xviii y xix. Pero cabe preguntarse si fue sólo el equilibrio como factor externo el artifice de ese resultado, o hubo otros elementos sin los cuales no se habría podido llegar a él. Según muchos autores, el sistema de equilibrio fue posible en Europa por existir una

unidad política, moral, cultural y espiritual, es decir, por estar vigentes los valores y las virtudes. En política, como en la mecánica, la fuerza que ha de mantener funcionando la maquinaria debe ser obtenida fuera de ella.

Otra opinión que citaremos es la de Regis Jolivet en su obra *Tratado de Filosofía Moral*¹⁹. Según él, la fórmula política del equilibrio empezó a regular las relaciones internacionales cuando la formación de los grandes Estados modernos, y sobre todo la ruptura de la unidad católica, consumada por el cisma protestante, hubieron terminado con el sistema que había fundado la unidad moral y jurídica de la antigua cristiandad. Este sistema fue en primer lugar una receta política inspirada por la desaparición del edificio social y jurídico cristiano. También fue erigido en principio del derecho público, pero cayendo en un evidente abuso. Porque no sólo el equilibrio de las potencias no puede jamás asegurar sino una paz precaria y engañosa, ya que el equilibrio, así concebido, no es aún más que un aspecto de la fuerza, sino sobre todo porque este equilibrio, erigido en regla del derecho de gentes, conduce a consecuencias completamente inmorales, al justificar los tratados internacionales destinados a hacer pagar por los débiles las conquistas y las injusticias de las grandes potencias. Finalmente, el principio del equilibrio adolece de los mismos vicios que las morales del interés; igual que ellas, desnaturaliza el carácter esencial del deber y del bien y disimula hipócritas apariencias el soberano reinado de la fuerza.

En la actualidad el equilibrio de poder, según se manifiesta, ha sufrido cambios estructurales importantes. El más obvio reside en la drástica reducción del número de los intervinientes. Desde la Guerra de los Treinta Años hasta hoy se redujo esencialmente. El Imperio alemán solo se componía de 900 Estados soberanos. Por el Tratado de Westfalia quedaron reducidos a 355. De ellos, en 1815 quedaban sólo 36. Cuando se unificó Italia se eliminaron siete Estados. Cuando se unificó Alemania se eliminaron 24 Estados. En 1815 había ocho grandes potencias; igual al comenzar la primera guerra mundial. En la segunda, al iniciarse, hay siete. Hoy sólo hay dos.

Esta disminución del número de Estados-fuerzas que equilibran el sistema le quitan a éste flexibilidad e incertidumbre y, en consecuencia, lo privan de ese efecto restrictivo que ejercía sobre las naciones activamente empeñadas en la lucha por el poder.

¹⁹ REGIS JOLIVET: *Tratado de Filosofía, IV Moral*, p. 421. Ed. Carlos Sohle, Buenos Aires, 1968.

En otros tiempos el equilibrio actuaba principalmente por medio de coaliciones. El cambio de posiciones en ellas y dentro de ellas hacían fluctuar el poderío. En tal circunstancia ningún jugador podía adelantar mucho en sus aspiraciones de poder sin antes asegurarse del apoyo de alguno de los demás. Mientras es mayor el número de jugadores activos, es mayor el número de combinaciones posibles, y mayor también la incertidumbre respecto a las combinaciones que opondrá cada uno con respecto a los demás. La gran flexibilidad del equilibrio del poder hacía imprescindible que todos los jugadores mostraran extrema precaución en sus movimientos en el tablero internacional y los riesgos eran difíciles de calcular.

Hoy en día todo ello ha desaparecido porque las alianzas tienen más bien un sentido propagandístico y moral o psicológico. La defección de uno de los países de una alianza ya no importa tanto, pues el peso principal lo llevan las dos grandes potencias. Si de la OTAN se retira Francia, no por ello la Unión Soviética va a estar en menor peligro frente a Estados Unidos.

El equilibrio multilateral se ha convertido en bilateral. La flexibilidad en el equilibrio del poder ha desaparecido. Las pequeñas naciones no pueden afectar mayormente el equilibrio impuesto por las dos grandes potencias. También han perdido cierta libertad que les daba la posibilidad de afectarlo y han pasado a integrar las órbitas de una de las dos. Esta situación no significa que las superpotencias no tengan nada que temer de sus aliados. Aun cuando ellos no puedan abandonar las órbitas por su propia voluntad, pueden permanecer siendo leales y seguros sostenedores de la política de las superpotencias o como rebeldes e inseguros cautivos, siempre esperando el momento de zafarse del cepo. Estos aliados, en el mejor de los casos, podrán moverse un poco, alejándose algo del control estricto de la superpotencia y disminuyendo también la utilidad dentro del bloque.

Dentro de este equilibrio no flexible los aliados pueden ser para las superpotencias una fuente de debilidad o de fuerza. Es por eso que las superpotencias tienen por principal preocupación mantener a sus aliados como partícipes voluntarios y eficaces de sus políticas. Deben, por tanto, si bien son ellos los que marcan el paso de la dirección política, contemplar los deseos de sus pequeños o grandes aliados.

El único elemento de flexibilidad hoy en día lo constituyen las

naciones llamadas «no comprometidas». ¿Hacia qué lado se inclinarían la India, Indonesia, etc.?

Otro cambio de la estructura que hoy presenciamos es la desaparición del mediador. Hemos dicho que en el pasado ese papel fue desempeñado por Gran Bretaña con su supremacía naval y su inmunidad insular frente a cualquier agresión. Hoy Gran Bretaña ya no es capaz de desempeñar ese papel. El dominio aéreo y espacial han puesto fin a la invulnerabilidad de las Islas Británicas. Pero no se trata aquí de Gran Bretaña como único imposible mantenedor. No es que el poderío de este país haya menguado incapacitándolo para desempeñar ese papel, sino que tal papel ya no existe. Los dos gigantes antagonistas son tan grandes que el tercero supuesto mantenedor debería tener una potencia casi similar a la de ellos. Actualmente algunos quisieran que una Europa Unida (o Estados Unidos de Europa) desempeñasen tal papel. Pero al menos ahora esto es imposible dada la debilidad interna de muchos de los países europeos (Italia, Portugal, quizá Francia, Inglaterra) que impiden esa unificación que sería de desear y hacia la cual hay muchos esfuerzos dirigidos. Además Europa parece ser en todo momento la tierra por la que luchan las grandes potencias, y como tal poco podría hacer.

Un factor importante en la desaparición del equilibrio múltiple del poder es también la desaparición de la «frontera colonial». Tener poder en épocas anteriores implicaba también poseer territorios ultramarinos en Africa, Asia, América. Se daba allí la posibilidad de una política de compensaciones. Se podía utilizar esos territorios como «moneda», como elemento de cambio, y mantener a través de ellos él o los problemas alejados del centro y radicados en la periferia. Esto no sólo en el sentido material, sino también en el sentido de darle a los problemas políticos que surgen el carácter de «periféricos» y, por lo tanto, no esenciales. Si el resultado de las gestiones y antagonismos fuese tal o cual, aun adverso, la pérdida no dejaba de ser periférica y no afectaba a las potencias directamente, en su «corazón». Pero actualmente las colonias casi no existen, y en cambio todas esas regiones que antes fueron periféricas se han vuelto prácticamente generadoras de conflictos y, por lo tanto, de periferia se han convertido en centro. (Como prueba no tenemos sino que observar lo que sucede en Africa hoy. Casi todo el territorio del continente, que hasta hace veinte o treinta años fue periferia, es actualmente el campo de batalla en el que se definirá, paradójicamente, el destino de la Europa todavía libre.) Ambas superpotencias tratan de inclinar esas nuevas

naciones hacia su lado. Ellas son una especie de tierra de nadie a conquistar, aparentemente y en lo posible con medios pacíficos (propaganda, promesas, ventajas comerciales, ayuda militar, etc.). Estos países no comprometidos, como ya quedó dicho, constituyen el único punto de flexibilidad posible en el equilibrio de hoy. Sólo allí las superpotencias pueden todavía avanzar o retroceder, negociar o maniobrar. Hay allí todavía oportunidades de conquista, moral, militar o política.

En definitiva, los dos bloques dominan las respectivas áreas. En ese campo ya no hay lugar para sutilezas, inteligencia calculadora y versátil. Para los dos gigantes hay sólo una política: el incremento constante y casi nervioso y vertiginoso de la propia fuerza y de la de sus aliados. Eso nos hace vivir sin apercibirnos en un estado de guerra constante. Inclusive la diplomacia ha perdido la fuerza como elemento modelador de las relaciones internacionales y ha pasado a ser casi una variedad del arte de la guerra. Así, la diplomacia se ha militarizado, perdiendo su clásica y pura esencia.

El nuevo equilibrio del poder es un mecanismo que contiene en sí potencialidades para hacer, quizá, el bien, aunque también para hacer mucho mal. Cuál de esas posibilidades será encarnada depende no del sistema o mecanismo del equilibrio, sino de las fuerzas morales o materiales que utilizan ese mecanismo para realizar sus fines. Creemos que, lamentablemente, las fuerzas morales están muy ausentes en la actualidad, y eso llena de preocupación a quienes observan la evolución de la humanidad.

En efecto, en el mundo de hoy hay varios elementos que configuran la situación política internacional. Nos referiremos a ellos brevemente:

1) El peligro nuclear: Después del término de la segunda guerra mundial, cuando en los meses de mayo y agosto cesó el fragor de los combates, sobrevino la tan ansiada paz. Los aliados entonces vivieron una luna de miel que, como todas, fue muy breve. Pronto surgieron a la superficie las profundas diferencias que los separaban y que durante la guerra, por conveniencias explicables, y a veces no tanto, fueron dejadas de lado. Entre las llamadas potencias occidentales, por un lado, y la URSS, por el otro, no tardó en desencadenarse con toda crudeza la denominada guerra fría, que en muchos casos dejó de ser fría para convertirse en enfrentamiento directo o a través de terceros, por medio de conflictos momentáneos y localizados, pero

siempre urticantes y presentes (guerrillas en Grecia, la crisis de Berlín, Corea, etc.).

Mientras los Estados Unidos fueron los únicos poseedores de la bomba atómica tuvieron las manos libres y no sujetas a condicionamientos. En cambio, cuando dicha arma estuvo también en poder de los rusos, la situación cambió por completo. Entonces comenzó la carrera armamentista nuclear, que fue *in crescendo*, llegando a lo que es hoy una situación internacional apenas sostenible. La guerra fría se ha convertido en una guerra de nervios, agotadora, que no parece tener fin, ni se vislumbra tampoco la posibilidad de una paz que transmita algo de tranquilidad a la humanidad. El equilibrio bipolar actual se está volviendo tan terriblemente precario que en cualquier momento puede sobrevenir lo peor. Al menos esa es la dirección de los acontecimientos, ya que en los últimos años la situación mundial se está deteriorando visiblemente. No hay ya puntos firmes de apoyo en los cuales buscar seguridad. Por ejemplo, las Naciones Unidas ya no tienen fuerza moral; las conferencias internacionales, sean de desarme, sean reuniones por motivos políticos o económicos, en muchos casos no son más que oportunidades para propagar las respectivas posturas, pero en el momento de los hechos, a pesar de lo convenido, cada cual procede según sus intereses y conveniencias.

La humanidad está hoy como bajo un techo o tinglado atómico edificado sobre soportes débiles, con el temor constante de que le pueda caer encima apenas los movimientos debajo de él fuesen algo más fuertes de lo que el armazón resiste. Así estamos constantemente con un ojo mirando el techo y con el otro recelando de nuestros vecinos. Cuando surgen las crisis, el terremoto político se vuelve cada vez más fuerte, el peligro crece progresivamente y hace temer el derrumbe de ese techo y la destrucción total, los contendientes se detienen, colocan un remiendo sobre el agujero de ese tejido deteriorado por las inclemencias, y... adelante, se ha resuelto una nueva crisis. Pero, cabe preguntarse, ¿cuánto tiempo más resistirá ese tejido deteriorado, cubierto por remiendo tras remiendo, la tensión de hoy? Sin el peligro atómico, y dentro de un sistema de equilibrio clásico, el caso no sería tan grave, pues a lo sumo el equilibrio se rompe y estalla la guerra entre dos, tres o diez naciones que puede ser terrible, pero no fatal. En cambio, con la existencia de enormes arsenales de armas nucleares peligra la humanidad toda, que puede ser destruida ya no sólo una, sino muchas veces. Es ése el temor y esa la preocupación.

Es así que la ONU es utilizada por los soviéticos para sus fines de expansión, tergiversando términos y adulterándolo todo. La ONU, cuyo fin eminentemente es preservar la paz, junto con otros nobles fines enunciados en su preámbulo, se convierte así para los soviéticos en instrumento para su política de expansión y conquista. Es como si utilizáramos el Derecho para delinquir con mayor éxito.

Von Clausewitz decía que la guerra es la continuación de la política con medios diferentes. La Unión Soviética y su bloque han invertido la tesis, procediendo en forma tal que la política en la paz es la continuación de la guerra por otros medios. Mientras que, según el concepto democrático, en tiempos de paz las diferencias tendrían que arreglarse reflexionando, discutiendo y negociando, estos procedimientos sirven a los soviéticos para aumentar la tensión. Esto, quien observa el desarrollo de la política internacional debe saberlo para comprender lo a veces incomprensible. Es que todo el accionar de la URSS y de los países comunistas en todo momento tiende a su expansión: su diplomacia, sus *turnées* de *ballet* y conciertos, sus logros científicos, sus medallas de oro en los juegos olímpicos, las reuniones y conferencias internacionales, las organizaciones mundiales en las que están presentes, todo, absolutamente todo, es la continuación de la guerra de conquista y expansión a través de esos medios.

Lo mencionado, evidentemente, también son factores dentro del equilibrio que se quiere mantener, y que, por cierto, desequilibran la balanza constantemente a favor de los soviéticos.

3) El tercer elemento es la política del mundo llamado libre y occidental. Frente a la agresión constante del comunismo, ¿qué hacen las democracias? Lamentablemente, no saben defender su libertad en la forma en que ella merece. Tienen demasiada libertad y no saben apreciarla. Prevalece hoy nuevamente el espíritu de Munich. Ante las agresiones de Hitler, las democracias nada o muy poco hicieron. Hitler empezó con el rearme, prohibido en Versalles; ocupó el Rhin, se apoderó de Austria, vociferaba insolencia tras insolencia, y, sin embargo, Francia e Inglaterra quisieron, a pesar de todas las agresiones, permanecer con la cabeza en la arena y jugar al pacifismo inoperante. Chamberlain volvió de Munich con su paraguas afirmando traer la paz para las próximas generaciones. Varios meses después Hitler invadió Checoslovaquia, y un año después estalló la segunda guerra mundial, la más terrible hasta entonces.

Lo mismo está ocurriendo hoy. La URSS comete agresión tras agresión y las potencias occidentales se desarman. Retroceden como

una muchedumbre libre, pero sin cabeza, ante un grupo de soldados esclavos disciplinados. Lo mismo que los atenienses democráticos cuando Filipo de Macedonia comenzó a hostigarlos. Vanamente les advertía Demóstenes en sus célebres filípicas: «Cuando escucháis que Filipo está en Queroneso aprobáis una campaña a Queroneso; cuando llega a las Termópilas, aprobáis una campaña a las Termópilas. Cuando está en cualquier otro lugar corréis a su paso, siempre de aquí para allá. Aceptáis sus órdenes de marcha. Nunca habéis planeado una campaña propia, nunca habéis previsto un acontecimiento antes de enteraros de que algo pasó... No es tarea nuestra adivinar qué podría traernos el futuro. Podemos estar seguros de que nos traerá desgracia si no enfrentáis las realidades...» Y enfrentar las realidades significa actuar con firmeza. Es cierto que se corren riesgos. Pero... en 1946 los occidentales defendieron y se mantuvieron firmes en Berlín. ¿Hubo guerra? No la hubo. En Corea se actuó con inflexibilidad (y según Mac Arthur podría haberse actuado aún mejor). ¿Hubo conflicto? No lo hubo. Y en 1962, en la crisis de los cohetes de Cuba, se actuó con gran firmeza y resolución. Todos contenían la respiración. Y la tercera guerra mundial no estalló. Estas fueron decisiones acertadas, pero ya hace muchos años que no hay actos de firmeza por parte de los Estados Unidos. Y es por eso que el comunismo está avanzando constantemente, sabiendo que nada tiene que temer de la política sin decisión de las potencias occidentales. Estas, y especialmente los Estados Unidos, hacen hoy el papel de bomberos que corren de aquí para allá apagando los incendios que en cualquier parte del mundo les prende el comunismo internacional. Quizá sea ésta una labor sacrificada, pero indudablemente no tiene futuro. Cuando la casa está ardiendo en varios costados a la vez, el salvamento se hace muy difícil y ya muy poco hay para hacer.

¿Pero quién tiene la culpa de todo? Pues ellos mismos. La candidez incomprensible de Roosevelt frente a Stalin abrió las puertas del mundo a los soviéticos. Entraron por conveniencia en la ONU; en Yalta se consagró la esclavitud de media Europa sin consultarse a esos pueblos si querían vivir bajo el régimen comunista (o socialista, como pretende denominársele desde hace tiempo para mitigar con las palabras las realidades). En Yalta, sin ninguna necesidad, fue reconocida la ocupación de Mongolia, Moldavia, Estonia, Latvia, Lituania, así como de Eslovenia, Croacia, Serbia y Macedonia, que juntas componían la Yugoslavia. Inmediatamente después de eso casi nada fue hecho en Europa Oriental, y siete u ocho países fueron tam-

bién abandonados a su suerte. Los aliados contribuyeron a que los comunistas soviéticos o de otras naciones asesinaran en los meses después de la guerra a millones de opositores que querían la libertad para sus países. Y los archivos secretos, a pesar de haber transcurrido ya los treinta años reglamentarios, de esto no han hablado.

Hubo años de firmeza, pero en la última década se volvió a la debilidad, y es así como están cayendo los países uno tras otro en manos del «fascismo rojo». Cayó casi toda la Indochina. Las ex colonias portuguesas en Africa también han caído. ¿Qué han hecho las potencias occidentales, por ejemplo, ante la descarada y abierta agresión e intromisión de cubanos y soviéticos en Angola? Nada. Absolutamente nada. Y últimamente, incluso por boca del embajador americano ante la ONU, se «bendice» ese estado de cosas diciendo que la acción y permanencia de los cubanos allí es un factor estabilizante en la política africana. Mirando con ojos de futuro, quizá no tan lejanos, Rhodesia y Sudáfrica están ya rodando por la pendiente, y Estados Unidos y Gran Bretaña todavía siguen buscando la política adecuada. Ante esto y mucho más los soviéticos saben que tienen ante sí un enemigo poseedor de medios técnicos y militares muy poderosos, pero al que le falta la columna vertebral para mantenerse erguido y firme.

Es decir, que el comunismo avanza no por su fuerza, sino por nuestra debilidad.

También por esta razón, por este implacable imperialismo soviético que avanza no con armas nucleares, a las que todos tememos, sino con pequeñas revoluciones y armas convencionales, el equilibrio bipolar actual se está deteriorando e inclinando a favor de los soviéticos.

4) El último elemento, que es en realidad el primero, pues es causa eficiente o fuente, y cimiento subyacente en todo, es el hombre. Su fortaleza moral, sus virtudes, su temple, su religiosidad, su sentido perceptivo de lo trascendente son motivos de buena marcha. La falta mayor o menor de todo ello es la determinante de la crisis, sin aparente salida, en que se debate el mundo. El extremado materialismo y el libertinaje son los causantes de esa falta de vigor en el hombre actual. En las crisis es donde se demuestra la valía y el temple, y hablando en general, parécenos que ello al hombre actual le falta.

Recordamos el Antiguo Testamento y la interpretación que el profeta Daniel diera en su calabozo de las palabras que había soñado el rey que lo encarcelara: Mene, Tekel, Feres. Mene: Ha numerado

ANDRÉS FINK

Dios tu reino y ha hecho fin de él. Tekel: Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto. Feres: Dividido está tu reino y serás entregado a manos de tus enemigos. ¿Sabrá el mundo aún libre reaccionar ante la amenaza de esclavitud que pende sobre su cabeza como espada de Damocles?

¿Y cuál será el destino de la humanidad conflictuada? Sólo de las virtudes del hombre depende. Como Prometeo a los dioses así «robó» el hombre al Creador el fuego nuclear. ¿Sabrá utilizarlo con su inteligencia en su provecho o en su destrucción?

ANDRÉS FINK

OBRAS UTILIZADAS Y CONSULTADAS

- MARIO AMADEO: *Política Internacional. Los principios y los hechos.*
HANS J. MORGENTHAU: *La lucha por el poder y por la paz.*
GEORG SCHWARZEMBERGER: *La política del poder. Estudio de la sociedad internacional.*
ROBERTO E. GUYER: *Imperialismo. Introducción a su problemática.*
LUCIO M. MORENO QUINTANA: *Elementos de política internacional.*
MARIANO J. CORNEJO: *El equilibrio de los continentes.*
JULIEN FREUND: *La esencia de lo político.*
T. A. KOZLOWSKI: *Nuevos potenciales en la política mundial.*
FRANZ J. STRAUSS: *Desafío y respuesta. Un programa para Europa.*
Histoire des relations internationales: Publie sous la direction de Pierre Renouvin.
REGIS JOLIVET: *Tratado de Filosofía Moral.*
Encyclopedia politique de la France et du monde.

Estamos en una situación que, según el general francés André Beaufre, requiere «un arte de guerra total durante la paz», ya que con la bomba atómica perecieron conjuntamente la gran guerra y la paz auténtica. Recomienda utilizar una estrategia indirecta que emplea todos los medios, pero excluye el uso directo de instrumentos bélicos nucleares. Eso, en cierto modo, ha estado ocurriendo desde 1945, pues en todas las confrontaciones desde entonces, y aun después de la posesión de la bomba atómica, por ambas partes se usaron exclusivamente armas convencionales. Esas confrontaciones tuvieron el alcance de «guerras limitadas». De modo que las armas convencionales siguen siendo el elemento de contacto en las «guerras» de hoy.

Durante la llamada guerra fría se dijo que las armas y tácticas convencionales son el «escudo», y la bomba atómica la «espada». Pero después de 1960 este concepto sufrió una conversión, y se dijo entonces que las armas nucleares desempeñarían el papel de «escudo», y las convencionales, el de «espada». Así, protegiéndose ambas superpotencias con esos «escudos» y atacándose (a través de terceros y en territorios de terceros) con «espadas», se ha creado un «empate atómico», un «equilibrio del horror», un jaque mutuo. El efecto del equilibrio nuclear se funda en el hecho de que tanto los rusos como los norteamericanos disponen de una *second strike capability* (capacidad para un segundo golpe), suficiente en cantidad y calidad, es decir, que han amparado su arsenal de cohetes de largo alcance contra el primer golpe del enemigo para poder retribuir un ataque a su territorio con un segundo golpe al territorio del adversario. Cada una de las dos superpotencias tiene, pues, el dedo no sólo en el «gatillo nuclear» propio, sino igualmente en el del otro, de manera que nadie se atreve a tirar primero, porque con ello desenlazaría automáticamente el tiro segundo sobre sí mismo. Resulta así casi idéntica la decisión de matar con la de suicidarse, arrastrando, por supuesto, consigo a la humanidad. Es un estado de equilibrio precario, agotador, tenso, paralizante e incierto. Además creemos, aun a riesgo de parecer pesimistas, que este equilibrio no es duradero, por el estado de debilitamiento moral a que ha llegado la humanidad.

2) Otro elemento que es necesario tener en cuenta es el comunismo. Si bien es una ideología, tiene precisamente una implicancia fundamental en la política internacional de las últimas décadas. Es una ideología que pretende el dominio mundial, y según los postulados de sus lucubradores, no podrá haber felicidad en el mundo mientras uno sólo de los Estados sea «capitalista». De acuerdo al método dia-

léctico, todos los países «capitalistas» llegarán, según las etapas del mismo, finalmente a la dictadura del proletariado. Y a los que por tal o cual motivo no llegan a esa meta feliz con la suficiente rapidez, o por cualquier otro motivo no pueden lograrla, es necesario ayudar con revoluciones para acelerar el proceso y contribuir a la realización de la sociedad sin clases, primero en las naciones y luego en todo el mundo. Con estos pocos conceptos damos por sabidas las tesis comunistas, por no ser éstas nuestro tema. Es necesario tener en cuenta los postulados fundamentales de esta doctrina para poder comprender los sucesos políticos internacionales actuales.

Demás está decir que detrás de la cortina de hierro y de la de bambú, y en cualquier país comunista, no hay libertad, no hay felicidad posible, no hay sociedad sin clases, no hay posibilidad de desarrollar las potencialidades creadoras del ser humano. Sólo hay un yugo al cual están uncidos los habitantes; sólo hay una voluntad omnipotente: la del Partido Comunista; sólo una forma de vida: la de obedecer dócilmente, o, de lo contrario, acabar la existencia de alguna manera refinada, o en la cárcel, o en el campamento de trabajos forzados, o en una clínica psiquiátrica.

De un régimen que procede al margen de toda moral en su política interna no es posible esperar una conducta adecuada a cierto grado de moral o con un mínimo de lealtad en su política exterior. Constante y consecuentemente quieren el dominio mundial, y eso están lográndolo la Unión Soviética y los países de su bloque con ritmo sostenido, sea con la guerra o con la paz, con mentiras y con violencia. Mientras todos quieren asegurar la paz, ellos crean o fomentan focos de violencia revolucionaria por cualquier medio.

Después de la primera guerra mundial los soviéticos no quisieron asociarse a la Liga de las Naciones, y la calificaron de «liga de bandoleros», cuyo fin sería formar un «consorcio de Estado mundial capitalista». Sin embargo, al término de la segunda guerra mundial sí aceptaron formar parte de las Naciones Unidas. ¿Por qué? Por tres motivos: 1) La institución del veto en el Consejo de Seguridad les aseguró un control seguro de las acciones a emprender y un bloque seguro a todo cuanto se opusiese a sus planes; 2) La ONU les ofreció a los soviéticos una posibilidad excelente de ganar influencia política dentro del mundo no comunista y de hacer valer su palabra, y 3) La ONU les brindó, y sigue brindando, perspectivas prometedoras para aprovechar con fines políticos el deseo de los pueblos de obtener su libertad nacional, y de constituirse de abanderados del anticolonialismo.